

tólicos y por consiguiente antipatrióticos, ya que, en verdad, al menos en nuestra Patria, toda acción anticatólica es antipatriótica? Es menester despertar, y persuadirse á fondo de lo que es nuestra profesión cristiana, de su sublimidad é independencia mundana. En este sentido el Catolicismo es el más liberal que pueda conocerse. Permanezcamos atados á la Ley de Jesucristo; seamos suyos; y todo lo demás se nos dará por añadidura.

¡Gran Dios, que con mirada penetrante velas desde el Sagrario sobre nosotros! Que el que esté separado de Vos se una á Vos en espíritu y verdad. Que el que con Vos esté unido jamás de Vos se separe, para que así luchemos temporalmente contra nuestros adversarios, con la esperanza de obtener en el cielo la más completa de las victorias. Amén.



DISCURSO XIII

*La conducción solemne del
Santísimo Sacramento por la vía pública,
es el triunfo del Catolicismo sobre
la impiedad.*

*Ambulabo inter vos et ero Deus vester.
Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios.
LEVIT. XXVI, 12.*

1. «Salta de gozo, y entona preciosos himnos de alabanza, casa de Sión; canta Israel: alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén, puesto que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel: Él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor y se regocijará sobre ti con loor». Con estas festivas demostraciones de entusiasmo y sumergidos en éxtasis divino, se expresaban Isaías (1) y Sofonías (2), aludiendo á la Iglesia santa que había de poseer dentro de sus inmensos muros al Hombre Dios Sacramentado. Desde su pobre y dismantelada vivienda, como quien observa por detrás de límpidos cristales, columbraban aquellos vates, la Encarnación del Verbo y su presencia sacramental en la Iglesia; y al divisar misterios tan portentosos como en Ella realizarse debieran, y al rastrear la inefable gloria que por ellos debía caberla y el gozo supremo que colmarla debería, prorrumphen en frases

(1) Isai. XII, 6.

(2) Soph. III, 14.

entusiastas, felicitándola por su gloriosa ventura. Pero, semejante enhorabuena, por más que, en general, se la desean para todo tiempo, no obstante, se la prometen en particular para un día hermoso, lleno de gloria como el sol, y más brillante que los claros resplandores de la luna; y ese día magnífico es el consagrado á honrar, no sólo la memoria de la institución del augusto Sacramento, sino principalmente el destinado para solemnizar el triunfo completo de un Dios amoroso sobre sus enemigos; para conmemorar las bodas del Criador con las criaturas; para hacer reconocer á los hombres su Dios, á los cristianos su Salvador y á los católicos su Jefe y su Pastor.

2. Y este tan venturoso día, y este su objeto tan excelso lo celebraron los profetas con públicos pregones, invitando á la recepción del eterno Deseado; y lo aplaudieron las sibilas al son de sus alegres panderos, felicitándose por la venida futura del Mesías que daría sus puras carnes á los hombres; y lo encomió el salmista á los dulces acordes de su arpa, declarando que los tabernáculos de Jesucristo habían de ser amables; y lo desearon los apóstoles y los santos padres en sus devotas meditaciones, al notar que el culto eucarístico debía ser más público; y lo apetecieron los fieles todos para hundir en el polvo del olvido á los herejes: deseos y suspiros que fueron por fin realizados, contemplando la universal Iglesia, cómo un Pontífice romano ordena que el jueves siguiente á la fiesta de la Trinidad Santísima sea el designado para que el Hombre Dios del Sacramento fuese exaltado con magnificencia, adorado con humildad, pregonado con fe y paseado en triunfo por las calles con febril entusiasmo.

3. Dos poderosas razones asistían á la Esposa del Inmaculado Cordero para solemnizar de un modo extraordinario el Misterio augusto del Altar. Recordad, siquiera por un momento la sangrienta tragedia del Calvario, y el sentimiento inundará vuestro pecho, y las lágrimas asomarán á vuestros ojos: lágrimas y sentimiento que también experimentaba la Iglesia el Jueves santo, día fijado para honrar la me-

moria de la Eucaristía y recordar los tormentos que en la Cruz sufriera el Redentor. Lo primero exigía expansión y alegría; lo segundo pedía soledad y tristeza; sentimientos que por contrarios se repelen los unos á los otros. Era indispensable, por consiguiente, dar lugar á cada uno de ellos en día señalado, para que así la tristeza como el gozo, así el retiro como el entusiasmo fuesen independientes y completos; razón por la cual, la festividad alegre del Cuerpo del Señor debió trasladarse á otro señalado día.

4. Y, ¿cuál mejor sino uno escogido entre los que la naturaleza misma proporciona en una de sus risueñas estaciones? Ataviada de hermosas galas se esfuerza en el mes del Corpus por ofrecer á nuestros ojos un cuadro cuyas marcadas tintas, bello ropaje y deslumbrador aspecto aventaja á todos los demás tiempos del año. ¿Véis cómo las matizadas flores abren su hermoso cáliz y envían sus pintados estambres y afiligranados pistilos á dar un saludo al Rey del universo y cuyas variadas corolas parecen inclinarse á fin de adorar en este día al Creador oculto en el Sacramento? ¿Véis las humildes hierbecillas cuyos verdes tallos y alanceadas hojas se agitan, mecidas por el aura matinal para testificar su inefable gozo por el más Bello de los nacidos? ¿Véis esos corpulentos arbustos llenos de vigor, elevarse hacia regiones superiores y extender sus bulliciosas ramas como quien reposar no puede hasta demostrar el cariño que profesa á tan buen Padre? ¿No aspiráis los embriagadores perfumes de la flor? Fijaos en los aterciopelados claveles, en los irisados lirios, en las nevadas azucenas, en las blancas rosas, en los delicados pensamientos, en el verde laurel, y notaréis que por todas partes despiden aromas embriagadores, para embalsamar con ellos el inmenso trono de la Eucaristía. ¿Qué diré de los infinitos y pintados pajarillos que con sus melodiosos arpegios cantan las bellezas de la Hostia inmaculada? El alba sonrosada con su grata frescura y con los primeros efluvios de la mañana invita á que abandonemos el lecho del nocturno descanso para entonar férvido himno de gratitud á Jesucristo Sacramentado. El ru-

bicundo astro que preside el día, extendiendo sus dorados cabellos sobre las crestas de las más altas montañas, primero, y sobre los poblados valles después no parece sino que intente abrasar á los cristianos en amor para con ese Sacramento de caridad inextinguible. Sí; toda la creación convida á que solemnecemos hoy las ricas bodas del immaculado Cordero. La naturaleza con sus infinitos primores y la Iglesia con su bello aparato y entusiasmo conmovedor. He ahí las dos razones que movieron á la Esposa de Jesucristo para establecer la Fiesta del Corpus en tal tiempo.

Estudiemos, por consiguiente, *la Dignidad de esta solemne Fiesta; y de qué manera es celebrada por la Iglesia de Dios*; dos partes en que he distribuído el presente discurso. Su desarrollo nos hará ver el triunfo completo del Catolicismo sobre la impiedad.

PARTE 1.^a

La excelencia de un objeto no se toma del aprecio en que se le tenga, sino del mérito intrínseco que posee respecto del que gozan los demás. Tanto más digno ha de ser dicho mérito, cuanto que, sin quebrantar el orden debido, sea mayor; y añadido, sin quebrantar el orden debido, porque el que corresponde á las facultades personales ó reales es que obtenga primer lugar el orden sobrenatural, luego el espiritual y finalmente el material. Ahora bien: siendo la Festividad del Corpus por su objeto, no conmemoración de un Misterio que ya pasó, como el de la Encarnación del Verbo, ni memoria de un Arcano como el de la Trinidad Santísima, que aunque no pasó, porque es eterno, empero no le poseemos sensiblemente bajo nuestra custodia; luego la Fiesta del Corpus, celebración de un Sacramento actual y sensible para nosotros, debe ser la más digna, la más excelente de todas las que celebra la Iglesia Católica.

5. En efecto: esta memorable Fiesta es la más digna y en consecuencia la más solemne de todas las festividades, porque fué anunciada por el Eterno á Moisés y simbolizada en la fiesta de los Tabernáculos, festividad la más solemne

de todas las que celebraba el pueblo israelítico. Jehová había ordenado que Israel solemnizase tres fiestas principales: Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. La primera era celebrada con graves penitencias y mortificaciones, y en premio de la segunda no otorgaba el Señor los frutos y las bendiciones que prometió conceder cuando se celebrase la festividad de los Tabernáculos. Para esta solemnidad reservaba el Altísimo sus concesiones y sus gracias, y también para ésta exigía de su pueblo tantos preparativos, tanto religioso entusiasmo, virtudes tantas. No se limitaba la festividad de los Tabernáculos al espacio reducido de veinticuatro horas, sino que se extendía después á siete días consecutivos durante los cuales era preciso celebrar espléndidos banquetes de los que formarían parte, poseídos de moderado regocijo, toda la familia, los levitas, los huérfanos, los extranjeros, los pupilos, las viudas y los esclavos (1). En esta fraternal compañía, como si todos los mencionados individuos perteneciesen á una gran familia, no debería haber diferencia ninguna entre el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el señor y el esclavo; antes bien, ligados todos con espiritual vínculo, y poseyendo un mismo corazón, deberían alegrarse y bendecir al Señor que tan amoroso se les mostraba.

Semejantes disposiciones, empero, guardan una perfecta analogía con las que la Iglesia, guiada con la luz del Espíritu Santo, ha ordenado para la solemne celebración de la festividad del Corpus. Ciertamente esta Fiesta no se circunscribe á solas veinticuatro horas; tiene de duración ocho días consecutivos, y en estos festivos días es intención de Jesucristo y consejo de la Iglesia que celebremos espléndidos banquetes eucarísticos á los cuales concurramos sin distinción toda clase de cristianos, desde el soberano más alto de la tierra que se sienta sobre áureo trono hasta el humilde súbdito que vive en choza miserable; desde el sabio que discurre sobre los problemas más intrincados hasta el rústico

(1) Deut. XVI, 14.

co que encorva su cuerpo sobre sí mismo bajo el peso del azadón. Jesucristo se nos da en estos días solemnes sin distinción, es verdad, pero con no menos amor; ha reservado para estos días los frutos de su bendición copiosa, y si para otras festividades exige de nosotros graves penitencias y pesadas mortificaciones, para la fiesta de su Cuerpo y Sangre, pide regocijo inusitado y expansión santa. He ahí cómo esta festividad por ser exacto cumplimiento de la de los Tabernáculos es, todavía mejor que ésta, la más excelente de todas las eclesiásticas festividades.

6. Pero también lo es porque Jesucristo nos profesa en estos días un amor particularísimo, efecto de la pública exaltación que hacemos de su Sagrada Persona. Al pretender el Salvador mostrarnos las riquezas de su amor infinito no se contenta, no, con permanecer reservado en los sagrarios, ni con estar expuesto á la pública adoración de los fieles, sino que, en alas de su excesiva caridad, sale del templo, llevado en hombros ó en manos de sus ministros sagrados, para tener el placer inmenso de visitar á sus amados hijos y recrearse como buen Padre en sus obras. Mas, ¿quién oyó, ni quién vió jamás cosa semejante (1)? ¡Qué todo un Dios del cielo, baje á la tierra y pasee por las calles de los mortales..! Al dejar correr los ojos del alma sobre el bello rostro del Salvador, velado por las especies eucarísticas, no se puede por menos de exclamar con ese entusiasmo interno profundamente religioso: «Salid, hijas de Sión, y ved al Rey Salomón con la diadema que le ciñó su madre en el día de su desposorio, día de la alegría de su corazón» (2). Dejad, cristianos, dejad vuestras haciendas, vuestras labores, vuestros negocios, y salid de vuestras casas á contemplar al Rey de la gloria que pasea triunfante por nuestras calles. Su rostro despide rayos de luz que se sintetizan en la Verdad, pues Él es la Verdad; arroja chispas de ardoroso fuego que se sintetizan en el amor, pues Él es el amor. Fijaos en su real diadema cuajada de punzantes espi-

(1) Isai. LXVI, 8.

(2) Cant. III, 11.

nas, que colocó su Eterno Padre en el día de su Pasión amarga; Él ha trocado esa corona de angustia por una corona de gloria, con la cual espera ceñir nuestra frente si nos hacemos acreedores. Hoy, día del Señor, es el día de la alegría de su corazón, puesto que sale del templo, no con el brazo airado, como se mostraba desde las altas cumbres del Sina, sino lleno de mansedumbre para que se cumplan aquellas frases del profeta (1): Decid á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre.» Hoy aparece Jesucristo más simpático, si cabe la frase, que nunca, entre las nubes de vaporoso incienso, los devotos himnos litúrgicos, las centenas de hermosas luces y el cortejo de millares de súbditos leales. ¡Oh Señor! Cumplisteis por fin en el día de hoy, mejor que en ningún otro día, la palabra dada á los patriarcas y profetas y justos de la ley antigua, cuando les asegurasteis: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desecharé; andaré entre vosotros; seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.» Por eso os damos infinitas gracias y os proclamamos Rey universal en nuestro corazón y en el templo, en nuestro domicilio particular y en la vía pública, ante los pequeños y ante los grandes, en presencia de los católicos y de los herejes, á la faz del mundo entero, y queremos que vuestro Reinado se extienda por todas partes y por todos los siglos.

7. Un buen cristiano debe manifestar en el día del Corpus sentimientos extraordinarios de fervor. Los siervos de Dios lo celebraron con más gozo, con más suntuosidad que las demás festividades. S. Francisco de Sales quedaba dulcemente extático ante la contemplación de las finezas que el Dios del Sagrario derrama en este día á los hombres. S. Pío V no permitía que, en el Vaticano, ningún sacerdote llevase en este día la Sagrada Custodia; él mismo la conducía con entusiasmo. El beato Nicolás Factor parecía morir de alegría, y un arrobamiento sucedía á otro; nadie podía distraerle de la atención fija que tenía en dicha fiesta al Sacramento. El

(1) Math. XXI, 5.